

Urban space Design in
Postindustrial Barcelona.
Defending the “urban”
vs. the “urbanal”

PALABRAS CLAVE | CIUDAD POST-INDUSTRIAL | MODELO BARCELONA | URBANIZACIÓN | LO URBANO | ESPACIO PÚBLICO

KEYWORDS | POSTINDUSTRIAL CITY | BARCELONA MODEL | “URBANIZATION” | “THE URBAN” | PUBLIC SPACE

| RESUMEN |

Desde los tiempos del Movimiento Moderno, los arquitectos se han responsabilizado del diseño de las ciudades y los espacios urbanos. La concepción arquitectónica de las ciudades ha llevado a nuestra disciplina al equívoco de creer que el diseño de las calles, las plazas y los parques era lo mismo que generar espacio público. Sin embargo, el espacio público depende en mayor medida de las condiciones sociales, culturales, políticas y económicas de la ciudad, y no tanto de la forma de sus elementos arquitectónicos. En el marco de la ciudad post-industrial y tomando el ejemplo de Barcelona, el siguiente artículo se cuestiona sobre qué implica entender la ciudad como un mero objeto arquitectónico. Para ello compara el concepto de “urbanización” propuesto Francesc Muñoz (como paradigma contemporáneo de la producción de ciudad) al de “lo urbano” (como paradigma del espacio público como espacio de lo social) propuesto por Manuel Delgado.

| ABSTRACT |

Ever since the Modern Movement, architects have been responsible for the design of cities and urban spaces. The architectural conception of cities has led our profession to the mistaken belief that designing streets, squares and parks is equivalent to generating public spaces. However, public space depends more on the social, cultural, political and economic conditions of the city than on the shape of its architectural elements. Within the frame of the postindustrial city and using Barcelona as a case study, the following article explores the implications of understanding the city only as an architectural object. To do so it compares Francesc Muñoz's concept of “urbanization” (as the contemporary paradigm of production of cities) to Manuel Delgado's concept of “the urban” (as a paradigm of public space as the social space).

Diseño del espacio urbano en la Barcelona post-industrial. Una defensa de “lo urbano” frente a “lo urbanal”

ALFONSO GONZÁLEZ AGUADO* · Universidad Politécnica de Cataluña, España · alfoga@gmail.com

Fecha de recepción 30/septiembre/2015 · Fecha de aceptación 14/diciembre/2015

INTRODUCCIÓN

Durante el siglo XIX, el paradigma cultural de la Revolución Industrial había entendido el conglomerado urbano como una máquina, un tremendo engranaje tecnificado cuyos requerimientos funcionales habían de ser solventados por las múltiples disciplinas de la ingeniería. Las políticas urbanas del París de Haussmann, o el proyecto de ensanche de la Barcelona de Cerdà, serían claros ejemplos de aquella visión maquinista o ingenieril de la ciudad, típicamente decimonónica.

Fue a principios del siglo XX que los teóricos del Movimiento Moderno hicieron de la ciudad parte del dominio de la disciplina arquitectónica, convirtiéndola en su más importante objeto de estudio. Los arquitectos de las vanguardias reivindicaban el “diseño” de la ciudad como una tarea propia del arquitecto moderno. Bajo este nuevo prisma, se suponía que el buen funcionamiento de las ciudades (e incluso, el bienestar de sus habitantes) dependía del

genio creador del arquitecto moderno, quien, canalizador del espíritu de su tiempo, se habría de responsabilizar de la forma y la función de la ciudad del porvenir. La ciudad, de alguna manera, fue reducida a un mero objeto arquitectónico, subordinada (conceptualmente) a los designios del arquitecto-creador, de cuyo diseño dependía todo, “desde el tirador de la puerta hasta la ciudad”^[1].

La realidad se demostraría mucho más compleja, y pronto habría de resultar evidente que muchos otros agentes, más allá de los puramente arquitecturales, intervienen en la producción y la morfología de las ciudades. Los ejemplos paradigmáticos de Chandigarh o Brasilia, diseñadas *ex nihilo* mediante las directrices de la Carta de Atenas, han acabado teniendo un desarrollo urbanístico y sociológico muy distinto al previsto por los arquitectos que las diseñaron. Sin embargo, la fe en el espíritu demiúrgico del arquitecto moderno, en su capacidad de “proyectar la ciudad”, sigue viva en nuestro oficio y en las escuelas de

* Alfonso González Aguado (Barcelona, 1987) es arquitecto. Cursó el Máster de Historia y Teoría de la Arquitectura de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona (ETSAB) de la Universidad Politécnica de Cataluña (UPC), España, investigando sobre el cine de Pasolini y su relación con la Roma de la posguerra italiana. Ha colaborado con instituciones culturales de Barcelona como el MACBA o el Archivo del CCCB. Como arquitecto, ha trabajado en Santiago de Chile (2011, oficina Polidura&Talhouk) y en Barcelona (Departamento de Planeamiento Urbano, Ayuntamiento de Barcelona). En los últimos años ha participado en la actividad docente del curso Cine y espacio urbano (2015, ETSAB), en el seminario Paisajes Culturales (2014, ETSAB) y en el Máster de Teoría y Práctica del Diseño Arquitectónico (2014, ETSAB). Actualmente vive en Santiago de Chile.

[1] Anatxu Zabalbeascoa, periodista de El País, atribuye a Mies esta definición sobre el ámbito que atañe al arquitecto. Vid. <http://blogs.elpais.com/del-tirador-a-la-ciudad/>

arquitectura. Los arquitectos todavía parecemos creer que nuestras propuestas urbanas tienen una capacidad todopoderosa de incidir en el funcionamiento de las ciudades y en el habitar de los ciudadanos.

En este sentido, parece necesario enfrentarnos a la ciudad incorporando la labor teórica de otras disciplinas del conocimiento, que también se han preocupado por los fenómenos urbanos, pero a través de parámetros distintos al del puro diseño o propuesta formal. Ciencias sociales como la geografía urbana o la antropología urbana, han sabido advertir los fenómenos sociales, culturales, económicos e históricos que también dan forma a la ciudad, y que a menudo parecen pasar inadvertidos a ojos de los arquitectos.

Para contraponer estas dos formas de aproximarse a la ciudad, se tomará el ejemplo de Barcelona. El llamado “Modelo Barcelona”, nacido a raíz de la celebración de las Olimpiadas de 1992, provocó en la capital catalana un importante número de transformaciones urbanas protagonizadas por los arquitectos del momento. El concepto de “proyecto urbano”, promovido por Oriol Bohigas, constituyó un ejemplo típicamente moderno de la fe en que el diseño arquitectónico es el principal motor de la producción de ciudad. Barcelona se convirtió en un ejemplo de cómo combinar proyectos urbanos, políticas públicas y crecimiento económico; modelo del cual a menudo se han difundido tan solo sus logros y virtudes.

Como contrapunto a este relato hegemónico sobre Barcelona, este artículo tratará de aproximarse a conceptos teorizados por dos científicos sociales catalanes: el de la

urbanización (Francesc Muñoz, 2008) y el de lo urbano (Manuel Delgado, 1999). Ambos conceptos pueden servir a los arquitectos para trabajar en lo que aquí se llamará la “ciudad post-industrial”, de la que Barcelona sería un ejemplo paradigmático.

Finalmente, una última puntualización previa. A lo largo del artículo se utilizará el término “espacio urbano” sustituyendo al habitual uso que hacemos los arquitectos de la expresión “espacio público”. Lo que aquí se trata de defender es, precisamente, la imposibilidad de diseñar el espacio público por parte de los arquitectos, puesto que se entiende que el concepto de espacio público tiene, por definición, un carácter de espacio social, político o filosófico, en el sentido que habrían propuesto autores como Henri Lefebvre, Hannah Arendt o Jürgen Habermas. El espacio público, por lo tanto, es una noción necesariamente mediada por códigos sociales, políticos y culturales, que poco o nada tendría que ver con la composición formal de los objetos urbanos, la disposición de vegetaciones o decisiones sobre qué pavimentación utilizar en un determinado espacio abierto de la ciudad. Por esta razón, se optará casi siempre por la expresión “espacio urbano” cuando se quiera designar, en efecto, aquello que ha sido diseñado como una pieza arquitectónica de uso público: como las plazas, las calles o las intervenciones urbanas de mayor escala.

RETRATO ROBOT DE UNA CIUDAD POST-INDUSTRIAL

Las políticas urbanas de la Barcelona contemporánea son comunes a muchas ciudades post-industriales, por lo que conviene tratar de definir primero qué se entiende

por “ciudad post-industrial” y cuáles son sus características socioeconómicas, para así comprender mejor el tipo de proyecto urbano que en ella se desarrolla^[2].

A partir de mediados de la década de 1970, tanto el modo de producir bienes de consumo, como la organización del trabajo productivo, cambiaron profundamente, modificando a su vez la forma en que la economía productiva ocupaba el territorio. En los países desarrollados, las áreas urbanas –que durante el período previo de acumulación fordista habían crecido en función de su capacidad industrial– vivieron un proceso de desindustrialización muy notable. El abandono industrial fue debido, en parte, a la aparición de nuevas tecnologías de información y telecomunicación, así como a las mejoras de las redes de transporte, que simplificaron los procesos productivos, integrando sus actividades industriales en redes de escala global y supraterritorial^[3]. La ciudad dejó de ser el centro de la producción industrial, que se esparció en ámbitos territoriales mucho más amplios.

Tradicionalmente la “ciudad” y la “producción” habían sido conceptos análogos: la ciudad era precisamente el lugar de producción de bienes y producción de conocimiento. El nuevo modelo económico (neoliberal) habría de transformar tanto las ciudades, como las formas de ocupación del territorio. La ciudad dejaría de ser, como lo había sido históricamente, el ámbito productivo por excelencia y los sistemas de producción tardo-capitalista del último tercio de siglo XX perdieron la necesidad de concentrar, en un mismo lugar, las infraestructuras, la fuerza del trabajo y el capital, desembocando en una dispersión en el territorio de los usos urbano-industriales.

^[2] El geógrafo Edward Soja (2000) advierte del abuso que se ha hecho de la partícula “post-” en los discursos sobre lo urbano y la ciudad (post-industrial, post-urbano, post-capitalista...). En todo caso aquí se utilizará el término siendo conscientes de que hablar de la ciudad post-industrial, en ningún caso puede significar que los cambios urbanos a los que se refiere estén al margen o más allá de la industrialización (ni del propio capitalismo), sino que, al contrario, que son precisamente el resultado del propio desarrollo de la economía industrial capitalista.

^[3] La fragmentación y especialización de la producción de bienes también modificaron las pautas de consumo y las conductas culturales en general, generando un mercado cuyos ciclos se acortaron, y cuyos consumidores se diversificaron y especializaron. En otras palabras, la nueva cultura económica favoreció el aumento del consumismo y el individualismo.

En la ciudad post-industrial, además, gracias a las ya mencionadas tecnologías de la información y transporte, también se dispersaron las áreas residenciales –ya fuera en áreas suburbanas pequeño-burguesas, o en programas habitacionales para clases trabajadoras–. Aumentaron las distancias entre lugar de residencia (suburbial) y lugar de trabajo (urbano). Los residentes de la ciudad pasaron de ser habitantes de un lugar concreto (un barrio, una calle), a ser territoriantes entre lugares, residentes parciales de una ciudad que tomó formas mucho más dinámicas^[4]. Si tradicionalmente la ciudad había sido un conglomerado arquitectónico, relativamente denso, más allá de cuyos límites comenzaba la naturaleza o lo rural; hoy en día la ciudad ha perdido su forma, sus límites se han desdibujado, y la ocupación urbana del territorio se ha desperdigado^[5].

Por último, a pesar de la dispersión de las actividades urbanas (industriales, residenciales o de servicios) de la nueva ciudad post-industrial, la centralidad socioeconómica de la ciudad histórica se vio paradójicamente reforzada. La internacionalización de los flujos económicos hicieron de la nueva ciudad, más que un polo industrial-productivo, una suerte de epicentro de los movimientos financieros y los circuitos de información, dando lugar a lo que Saskia Sassen (1999, pp. 369-385) describe como una suerte de “concentración difusa”, muy característica de la ciudad global contemporánea.

Esta nueva ciudad global y post-industrial se materializa en una serie de fenómenos, que podemos reconocer en mayor o menor medida en la Barcelona contemporánea y post-olímpica. Estos fenómenos son:

1. **El inflado precio del suelo.** La hipercentralidad de la ciudad post-industrial (en especial de sus centros históricos), dispara el valor de mercado de suelo, normalmente en función de su localización. Las siempre crecientes diferencias del precio del suelo son causa, y a la vez consecuencia de una fuerte especulación, que puede desembocar en burbujas económicas y un mercado inmobiliario atrofiado. En el caso de Barcelona, el precio del suelo no ha dejado de crecer, ni siquiera en los momentos más duros de la crisis económica española, entre 2009 y 2013. En el primer trimestre de 2015, el incremento del precio del suelo de la ciudad fue del 38%, frente al 5,9% medio de toda España^[6].
2. **La aparición de los no-lugares.** La nueva ciudad, en tanto que nexo de información, comunicación y transporte, ha dado lugar al tipo de espacios que definió el antropólogo Marc Augé (1993). Al contrario de la noción tradicional de lugar (espacio con contenido histórico-simbólico), los no-lugares serían nuevos espacios de mera transitoriedad, carentes de identidad histórica y ajenos al contexto en el que se encuentran (como los centros comerciales, los aeropuertos, las autopistas...). El no-lugar se caracteriza por no tener tradición y ser semejante en cualquier parte del globo, así como reservar grandes áreas para el consumo. La pérdida de los usos tradicionales de la ciudad ha hecho proliferar los no-lugares dentro de ella, como es el caso de los *malls*, las cadenas franquicia o los restaurantes *fast-food*.
3. **El turismo como nuevo motor económico.** La ciudad contemporánea, tras perder su antiguo sentido productivo, ha encontrado en el turismo una ámbito de generación de riqueza, en un marco de competición entre ciudades. El turismo está convirtiéndose, de forma cada vez más hegemónica, en el monocultivo económico urbano, cuyo éxito y desarrollo dependerán de la construcción que haga la ciudad de una determinada “imagen” de sí misma. Es decir, para convertirse en un polo de interés turístico, es necesario que cada ciudad construya una marca comercial de sí misma, que sea fácilmente comprensible y masivamente comercializable. Solo así se consigue que determinados conceptos turístico-experienciales puedan ser inmediatamente asociados con determinadas ciudades. Barcelona se ha convertido, en poco más de dos décadas, en una de las ciudades más turísticas del mundo, superando la cifra de 8 millones de visitantes en 2014. A pesar de significar tan solo el 14% del PIB de la ciudad, el sector turístico es permanentemente invocado por los políticos y los medios de comunicación como el huevo de las gallinas de oro, fuente irrenunciable de riqueza para la ciudad^[7]. Sin embargo, el turismo es ya objeto de debate público en una ciudad cuya población (de apenas 1,5 millones de habitantes) se siente cada vez más perjudicada por la pérdida de una vida urbana real cada vez más precaria en un espacio público pensado tan solo para el (ab)uso de los turistas y la tematización de la ciudad.

^[4] El término *territoriantes* como nuevo habitante entre lugares, es propuesto por el geógrafo Francesc Muñoz (2008, pp. 44-51), cuyo concepto de *urbanización* se comentará con detalle en el siguiente apartado.

^[5] En el ámbito anglosajón es frecuente el término *urban sprawl*, o dispersión urbana.

^[6] Datos de la Estadística de Precios del Suelo del Ministerio de Fomento, del Gobierno de España (Lamet, 2015).

^[7] Barcelona es la ciudad que recibe más turistas de España, y la tercera ciudad en la que más dinero gastan los turistas de Europa. Datos del Ayuntamiento de Barcelona, cit. en “Barcelona suspende todas las licencias de alojamientos turísticos”, en EL MUNDO, 2 de julio de 2015, recuperado en <http://www.elmundo.es/cataluna/2015/07/02/5594dfa422601dea7e8b4570.html>

1. Turistas en el Parque Güell, una de las obras más visitadas de Gaudí. Fuente fotografía: Alicia Campos G.
2. Turistas en Plaza Catalunya, haciendo fila para el Bus Turístico. Fuente fotografía: Archivo Revista de Arquitectura.



4. **La “re-programación” de los paisajes industriales obsoletos.** La desindustrialización de las ciudades ha hecho necesario repensar los tejidos urbanos de uso industrial obsoleto. Estos paisajes, habitualmente recuperados mediante arquitecturas más o menos respetuosas con el “patrimonio industrial”, reconvierten sus usos, otrora productivos, en nuevos espacios de terciarización de la economía de la ciudad. Podrían clasificarse estos paisajes en tres tipologías: los puertos o muelles industriales obsoletos –piénsese en el Puerto Madero de Buenos Aires, o los Docks de Londres–, los tejidos urbanos y/o equipamientos industriales abandonados –como el parque de La Villette en París, o los viejos hangares de la Île de Nantes–, y los espacios ferroviarios sin utilizar –como la mediática High-Line de Manhattan–. Este tipo de reprogramación ha sido muy común en las ciudades occidentales con fuerte pasado industrial.

El importantísimo pasado industrial de Barcelona ha hecho de la recuperación de espacios industriales obsoletos uno de los principales *leit motifs* de su política urbana. Algunas de las intervenciones más significativas han sido: la reconversión del Moll de la Fusta (el viejo puerto de la ciudad) en un espacio de ocio nocturno, restaurantes y hasta un pequeño *mall*; el antiguo ámbito industrial ferroviario de La Maquinista, convertido hoy en mall o centro comercial; o la fábrica de Fabra i Coats, hoy un gigantesco centro cultural. Pero sin duda, el proyecto estrella de reforma de tejido industrial es el proyecto del Distrito 22@. El 22@ es un plan director urbanístico que desde 2005 se propone reconvertir casi la totalidad del distrito del Poblenou (tradicionalmente muy industrializado; durante décadas se le conoció como el Manchester catalán) en un gran distrito financiero y de industrias de las TIC^[8]. Ha sido uno de los planes más

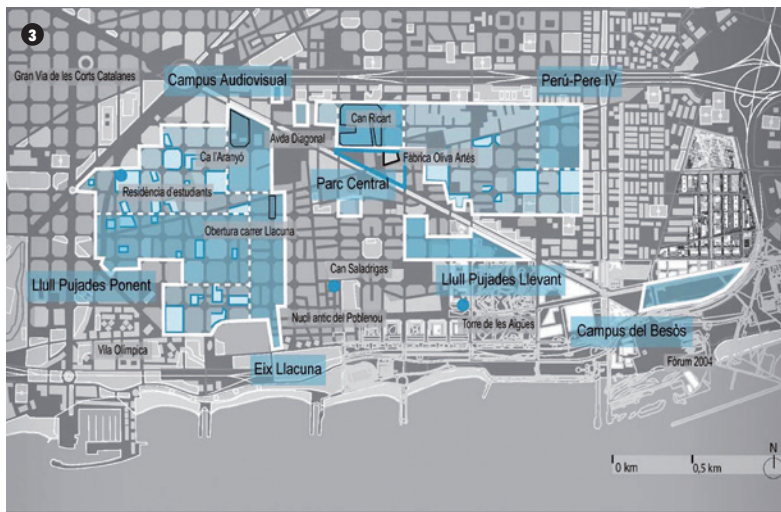
polémicos de la Barcelona post-olímpica, pues está cambiando radicalmente un distrito tradicionalmente popular, acabando con la vida del barrio y expulsando a sus vecinos tradicionales mediante procesos de **gentrificación**.

5. **La gentrificación y la tematización de la ciudad tradicional**^[9]. El aumento del precio del suelo y la explosión del fenómeno turístico han afectado también a los cascos urbanos históricos. Los cascos urbanos han padecido básicamente dos tipos de procesos. El primer proceso sería el de la **gentrificación**, o elitización del centro histórico o los barrios tradicionales. Este proceso implica, mediante un mercado inmobiliario especulativo y el consiguiente aumento del valor del suelo, la expulsión de los habitantes del barrio afectado. Dichos habitantes vienen sustituidos por nuevos habitantes de mayor poder adquisitivo. Un segundo proceso sería la

[8] Tecnologías de la Información y la Comunicación.

[9] Para una excelente compilación de artículos sobre el falso historicismo y la tematización de la ciudad contemporánea, *vid.* VARIACIONES SOBRE UN PARQUE TEMÁTICO. LA NUEVA CIUDAD AMERICANA Y EL FIN DEL ESPACIO PÚBLICO (Sorkin, 2004).

3. En azul, las zonas afectadas por el Plan 22@, en el distrito del Poblenou. Fuente: Sotoca, Adolf, "Transformación urbana de Poblenou i 22@" en *Territori*, 31 de diciembre de 2007, Observatori de Projectes i Debats Territorials de Catalunya (http://territori.scot.cat/cat/notices/transformaciO_urbana_de_poblenou_i_22_barcelona_2007_370.php).
4. Torre Agbar edificio icónico 22@. Los arquitectos más mediáticos del mundo han diseñado edificios en el nuevo distrito tecnológico, como Jean Nouvel, David Chipperfield, Carlos Ferrater, Dominique Perrault y muchos más. Fuente fotografía: Archivo Revista de Arquitectura.



tematización del casco urbano, convertido en un híbrido entre el parque temático y el centro comercial. Este proceso, más destructivo que el de la gentrificación, supone una verdadera supresión de la diversidad de actividades de la ciudad tradicional, haciendo del casco histórico y su arquitectura un mero decorado o escenografía para las nuevas actividades como el *shopping*, el consumo de ocio, la restauración u otras actividades lúdico-turísticas. El caso de Venecia sería el más escandaloso, pero se puede advertir este proceso, en mayor o menor medida, en la mayoría de los cascos urbanos históricos de las ciudades europeas.

Los tres distritos del casco histórico de Barcelona (el Barrio Gótico, el Raval y el Born) están sufriendo tanto unos procesos de gentrificación y tematización que han sido ampliamente estudiados. Los residentes del Barrio Gótico han descendido en los últimos 20 años el 12,8% y la ratio de camas turísticas por residente se ha

disparado, puesto que el barrio funciona cada vez más como un centro comercial dedicado exclusivamente al *shopping* y al turismo; y la vida para los vecinos es cada vez más imposible^[10]. En el Raval y el Born, barrios tradicionalmente populares, de rentas bajas y cierta conflictividad social, han sido radicalmente transformados. Actualmente, algunos de los precios inmobiliarios más altos están en el Born. La construcción de equipamientos culturales como el MACBA, el CCCB, la Filmoteca de Catalunya (F7), el Centro Cultural el Born o la nueva Facultad de Letras de la Universidad de Barcelona han modificado radicalmente el perfil sociológico de los habitantes del Born y del Raval, haciendo de estos los barrios más *trendy* de la ciudad. Tras las arquitecturas de revista y los bares de gente *cool* se ocultan las miles de historias de vecinos del casco histórico, que por decisiones políticas tuvieron que abandonar el que había sido su barrio de toda la vida^[11].

6. **La obsesión por la seguridad y la privatización del espacio público.** Las nuevas actividades de la ciudad, relacionadas con el ocio, el turismo y el consumo, precisan de calles y plazas controlables y seguras para el consumidor. El incremento del número de cámaras de seguridad, de agentes del orden público, o de espacios urbanos cerrados según horarios; hace que la ciudad esté suprimiendo lo casual, lo imprevisto, lo informal o lo caótico, tan característico del verdadero espacio público. El espacio urbano contemporáneo está cada vez más vigilado y controlado, garantizando un hábitat de total seguridad y previsibilidad. Las políticas de "tolerancia cero" de la Nueva York de Giuliani serían un ejemplo evidente de nueva obsesión. Como toda gran ciudad portuaria mediterránea, Barcelona tuvo, a lo largo del siglo XX, fama de ciudad conflictiva, donde supuestamente la prostitución y la droga estaban a la orden del día. La Barcelona

[10] Según datos del Anuario Estadístico de Barcelona, Ciutat Vella es con diferencia, el distrito que más residentes pierde anualmente, es decir, el distrito del que se va más porcentaje de vecinos a otros distritos de la ciudad. La media de movilidad interna entre distritos en la ciudad es del 6,5% (Suñé, 2015).

[11] Dos maravillosos documentales tratan el tema de la gentrificación en el Raval: EN CONSTRUCCIÓN (2001), de José Luis Guerín; y DE NIÑOS (2003), de Joaquim Jordà.

5. El Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona (Macba), obra de Richard Meier (1995) en su ubicación en el tejido urbano del barrio del Raval. Fuente: Bing Maps.
6. La plaza del Macba es uno de los lugares más gentrificados de la ciudad. Fuente fotografía: Archivo Revista de Arquitectura.

post-olímpica se propuso erradicar esta conflictividad, y sobre todo la imagen de ciudad peligrosa; haciendo de la seguridad pública en una de sus principales políticas públicas, hasta el punto de que en 2015 fue declarada una de las 15 ciudades más seguras del mundo^[12].

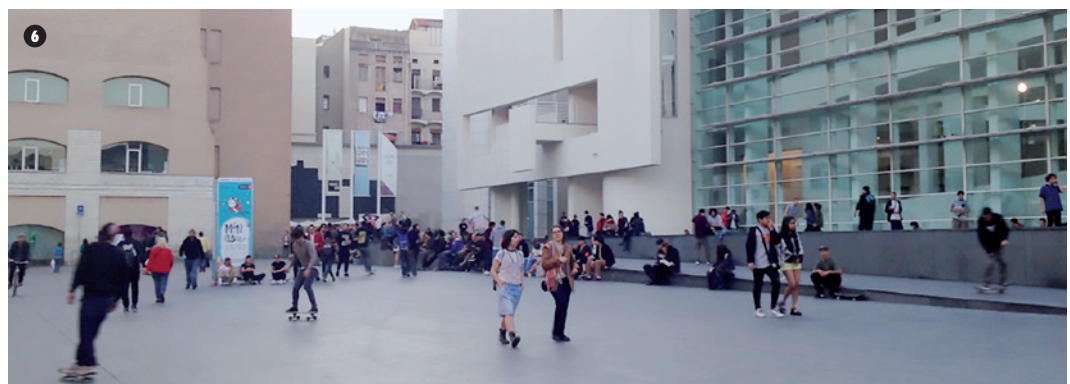
FRENTE AL RIESGO DE LA URBANIZACIÓN, UNA DEFENSA DE LO URBANO

“Disneylandia es presentada como imaginaria con la finalidad de hacer creer que el resto es real, mientras que cuanto la rodea, Los Ángeles, América entera, no es ya real, sino perteneciente al orden de lo hiperreal y de la simulación... Semejante mundo se pretende infantil para hacer creer que los adultos están más allá, en el mundo ‘real’, y para esconder que el verdadero infantilismo está en todas partes” (Baudrillard, 1978, pp. 27-28)

LA URBANIZACIÓN DE FRANCESC MUÑOZ

En esta nueva ciudad, y en el marco socioeconómico que la ha propiciado, se han abierto nuevas formas de diseñar y proyectar la ciudad. El geógrafo Francesc Muñoz ha definido la nueva forma de producción de la ciudad como la *urbanización*, de la que el “modelo Barcelona” sería uno de sus ejemplos paradigmáticos^[13].

Muñoz parte tanto del concepto de “simulacro” del sociólogo Jean Baudrillard, como del de “banalidad” del filósofo José Luis Pardo. La tesis de Baudrillard en *CULTURA Y SIMULACRO*



(1978) sostiene que, en la posmodernidad, el “simulacro” (o lo hiperreal) ha sustituido a lo real, y por tanto la cultura contemporánea ha dejado de ser una representación de la realidad. No existe pues, aquella realidad que el simulacro pretende simular: ya no hay nada tras la imagen de lo real. Por su parte, José Luis Pardo explica en *LA BANALIDAD* (2004), cómo los

mass media y la cultura del consumo han hecho que sea necesaria una simplificación de la realidad, en tanto que lo real ha sido convertido en objeto de consumo, requiriendo una fácil y rápida decodificación. Pardo describe el reduccionismo de muchas de las categorías a las que nos enfrentamos hoy, y cómo la realidad es, a menudo, revestida de un discurso amable y apetecible, limada de cualquier aspereza que pueda contener. La urbanización por tanto, sería la forma de concebir y producir la ciudad en este paradigma cultural contemporáneo.

Las dinámicas urbanas parten, en primer lugar, de la nueva especialización económica de la ciudad (en sectores rentables a corto plazo, como el turismo o el ocio); en segundo

[12] Según el Safe Cities Index, del diario THE ECONOMIST, Barcelona es la 15ª ciudad más segura del mundo. Véase el informe SAFE CITIES INDEX 2015 WHITE PAPER, disponible on-line. La publicación hace hincapié en que la ciudad “ha desarrollado una estrategia policial sofisticada” y ha multiplicado considerablemente el número de agentes en las calles de la ciudad. Estos datos contrastan con los muchos escándalos policiales que la ciudad y los media ocultan, como bien supo reflejar el documental CIUTAT MORTA (2014), de Xavier Artigas y Xapo Ortega.

[13] Cuatro son las ciudades que Muñoz (2008) toma como estudios de caso para sustentar su teoría: Londres, Berlín, Buenos Aires y Barcelona.

7. La última renovación urbana es la del espacio público de la Filmoteca de Catalunya (2011), proyectada por Josep Lluís Mateo. Fuente fotografía: Felipe Corvalán T.



LA CIUDAD DE LOS ARQUITECTOS

A principios de los años ochenta, en el contexto de la restauración democrática, la gestión urbanística de las ciudades españolas pasó a manos de las administraciones locales. En Barcelona, Oriol Bohigas, en aquel momento director de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura, se erigió como principal ideólogo del urbanismo de la ciudad. Sus dos ejes de actuación al frente del Departamento de Urbanismo fueron la “recuperación” de las tramas históricas de la ciudad y la “reurbanización” de las periferias urbanas^[15]. Las teorías de Bohigas se inspiraban en las enseñanzas de Aldo Rossi en *LA ARCHITETTURA DELLA CITTÀ* —en el que se propone un historicismo estructuralista para la reconstrucción de la ciudad—, y en la experiencia reciente de la rehabilitación del centro de Bolonia.

El método propuesto por Bohigas para solucionar la ciudad fue el de resolver por separado los distintos “trozos de ciudad”, haciendo de cada pequeño sector urbano un proyecto arquitectónico que, sumado al resto de fragmentos, habrían de dar lugar al todo, a la ciudad resuelta. De ello se encargó el nuevo departamento de “Proyectos Urbanos” del Ayuntamiento, que llevaría a cabo el desarrollo urbanístico de la ciudad pre-olímpica, “dando prioridad a los proyectos en lugar de planes, reconocimientos y actuaciones urbanísticas parciales en lugar de aplicación de un ‘master plan’ o plan general que englob[ase] todo el territorio (...). La reforma y transformación urbana se ent[endían], de esta manera, a partir de proyectos y operaciones sobre diferentes fragmentos urbanos que permiti[rían] ‘suturar’ o ‘recoser’ los límites entre esas piezas para obtener así una ‘continuidad urbana’” (Muñoz, 2008, p. 153).

lugar, de la tematización de un paisaje urbano en función de su imagen de marca; y en tercer lugar, de una progresiva, y consecuente, homogeneización del paisaje humano que la habita.

Dos son los requerimientos básicos para que se produzca una situación de urbanalidad. Por una parte es necesaria dicha construcción de una imagen de la propia ciudad, en torno a la cual se desarrollarán sus políticas urbanas. Pero además son imprescindibles ciertas condiciones de seguridad urbana y la ausencia de conflictividad social. Estos dos requerimientos hacen posible la nueva concepción del espacio urbano que, ahora sí, puede ser diseñado como un producto de consumo. El consumo de la ciudad “implica el predominio de comportamientos vinculados a la experiencia del visitante entre lugares, más que a la del habitante de un lugar” (Muñoz, 2008, p. 67).

“Así, a través de la especialización hacia el consumo, el ocio y el entretenimiento, la ciudad no solo ha acabado siendo un producto de consumo más, sino que, convertida en un soporte para representar a las marcas, la ciudad acaba teniendo el mismo papel que los demás productos en la economía global de las franquicias. Es en ese sentido que [también] podemos hablar de un espacio urbano brandificado” (Muñoz, 2008, p. 74)^[14].

El “modelo Barcelona” ejemplifica este tipo de políticas y proyectos urbanales. La ciudad ha hecho un verdadero esfuerzo en desarrollar la “marca Barcelona”, y para ello ha construido espacios urbanos amables y poco complejos, diseñados en función de su nueva imagen, y centrados en facilitar el consumo y la vida urbana ordenada y pacificada. En el desarrollo del modelo Barcelona, la figura del arquitecto ha jugado un papel cómplice y trascendental.

^[14] “Cada ciudad es hoy, así, una ciudad más y esta es la verdadera paradoja que acompaña hoy al márketing y al *branding* urbano: tras tres décadas buscando aparecer diferentes unas de otras, utilizando la imagen y el diseño como reclamo para resaltar lo propio específico y resultar así atractivas a la economía global, las ciudades se muestran hoy como el más común, el más banal de los lugares” (Muñoz, 2008, p.74).

^[15] Para tener una panorámica del discurso urbanístico de Bohigas, *vid.* RECONSTRUCCIÓN DE BARCELONA (1986).

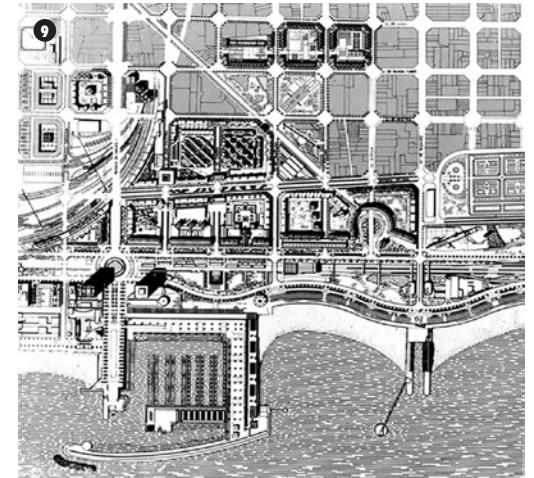
8. Antiguos barrios Pekín y Somorrostro, barrios populares del litoral Barcelonés. Ortofoto 1987. Fuente: <http://urban-networks.blogspot.cl/2012/05/intervenir-en-la-ciudad-consolidada-la.html>
9. Proyecto de Vil·la Olímpica de Barcelona, por MBM, 1986. Fuente: Bohigas, Oriol; Martorell, Josep Maria; Mackay, David, Documentos de Arquitectura 9: La Manzana, Delegación de Almería del Colegio Oficial de Arquitectos de Andalucía Oriental, Almería, 1989, p. 42.
10. Playa de la Vil·la Olímpica: con la torre del Hotel Arts (Skidmore, Owings and Merrill), la escultura metálica del pez (Frank Gehry) y el Observatorio Metereológico (Alvaro Siza Vieira). Fuente fotografía: Archivo Revista de Arquitectura.

¿No es esta una suerte de actualización de lo que habían propuesto los maestros del Movimiento Moderno, esto es, la idea de la ciudad como un objeto arquitectónico que, mediante la aplicación de un “buen diseño”, podría lograr mejorar su funcionamiento y el bienestar de sus habitantes? El paradigma teórico del modelo Barcelona, basado en la confianza depositada en el diseño arquitectónico, recuerdan inevitablemente al espíritu utópico y redentor que otorgaron a nuestra disciplina los teóricos de la Carta de Atenas.

La defensa de una arquitecturalización de los espacios urbanos de Barcelona coincidieron en el tiempo con los procesos socioeconómicos propios de la ciudad post-industrial, que ya se han comentado. Por tanto, a menudo el proyecto urbano acababa convirtiéndose un proyecto **urbanal** al servicio de la imagen que la ciudad estaba construyendo de sí misma. La gran reforma de todo el litoral de la ciudad y el casco histórico de Ciutat Vella son un ejemplo histórico de **urbanalización**, como se tratará de explicar a continuación.

La reforma del litoral barcelonés partió de la idea que se quería asociar a la imagen de marca que se estaba construyendo de Barcelona. La idea de la “recuperación” del mar para la ciudad, que incluía la eliminación del viejo puerto y los usos existentes en la costa (como la pesca, o los barrios populares de vivienda autoconstruida de la costa), proponía la construcción de un paseo marítimo, playas artificiales y zonas de ocio costero, así como la construcción de la villa olímpica como futuro barrio residencial. La operación global habría de culminar una década más tarde, con las obras vinculadas al Fórum de las Culturas 2004.

El discurso en torno a la reforma del litoral obvió la importancia histórica que había tenido desde siempre el puerto de Barcelona, la pesca en la Barceloneta y los usos industriales del litoral del Poblenou. La reforma fue acompañada de un gran despliegue retórico y propagandístico en torno a la “recuperación” del mar para los barceloneses. Según el discurso oficial,



Barcelona le había “dado la espalda al mar”, y la construcción de playas artificiales, la reconversión del Port Vell en una zona de bares y ocio nocturno, y la demolición del antiguo barrio de Içària, para la construcción del nuevo y exclusivo barrio residencial de la Vil·la Olímpica, suponían una recuperación del Mediterráneo para los habitantes de la ciudad.

Gran parte de esa retórica se fundamentó en una supuesta esencia “mediterránea” de Barcelona y los barceloneses, que también había estado presente en la reforma de Ciutat Vella, al justificar su peatonalización y la construcción de las plazas duras en nombre de una “vida en la calle” que la condición mediterránea parece necesitar.

El discurso político-mediático fue acompañado de una arquitectura no menos retórica: la Vila Olímpica, las playas y el Port Vell fueron resueltos mediante arquitecturas con ciertos aires historicistas, haciendo uso de una gran diversidad de recursos estilísticos como balcones, pórticos o arcos, propios de la arquitectura del posmodernismo. También el espacio urbano se decoró, literalmente, con elementos casi pintoresquistas, como las fuentes, los embarcaderos artificiales de un puerto simulado, o la llamativa multiplicación de palmeras y vegetación de otras latitudes a lo largo de toda la costa.

El resultado fue ampliamente celebrado en los circuitos internacionales de arquitectura y diseño, pero ocultó muchos de los déficits propios de la urbanización, que ya han sido citados. El precio del suelo se disparó a lo largo de todo el litoral, y muy especialmente en el barrio de la Vila Olímpica y sus alrededores, con la consiguiente gentrificación del barrio. El monocultivo económico del turismo y el consumo de ocio derivaron, también, en una tematización del viejo barrio pescador de la Barceloneta. El uso turístico masivo del barrio comenzó a expulsar –y sigue expulsando– a los vecinos de rentas más bajas, y ha copado la playa de locales de ambiente y tiendas de *surf*. Hoy, entre el nuevo Port Olímpic y el barrio de la Barceloneta, un pez de cobre colado diseñado por Frank Gehry, simboliza la “mediterraneidad” de una ciudad en la que, entre turistas, surfers y bicicletas de alquiler, ya nadie pesca.

LO URBANO, DE MANUEL DELGADO

Pareciera que, mientras la arquitectura y el urbanismo se han ocupado exclusivamente de la ciudad proyectada y la ciudad construida, han tenido que ser las ciencias sociales (como la antropología urbana) las que se han aproximado a los fenómenos urbanos tratando de investigar sobre lo que realmente ocurre en la ciudad, sobre qué fuerzas sociales esta desata; que en definitiva poco tiene que ver con los volúmenes o los edificios que la componen.

El antropólogo barcelonés Manuel Delgado ha escrito mucho sobre la concepción social del espacio público¹¹⁶, y es en la actualidad uno de los críticos más feroces del desarrollo urbanístico del modelo Barcelona. En *EL ANIMAL PÚBLICO* (2008), Delgado propone que atendamos al concepto de “lo urbano”, en tanto que opuesto y/o complementario al concepto de “la ciudad”. Lo urbano sería la dimensión social que ocurre en la ciudad, no pocas veces a pesar de ella. Agitación social y constante movimiento, lo urbano es aquello que ocurre y discurre en el espacio público, aquella extraña coreografía improvisada que hace de las calles su escenografía por excelencia.

Lo urbano es lo que acontece en la ciudad y que por definición no puede ser previsto; aquello que el plano no puede dibujar, el proyecto no puede vaticinar, el bullicio humano típicamente urbano que, por definición, es ajeno a los designios del arquitecto. Ante lo urbano, por lo tanto, la postura no puede ser otra que la cautela. Creer que mediante decisiones formales y constructivas del espacio urbano, podemos dar forma y soluciones al devenir social de la ciudad, sería un signo de arrogancia.

“Más allá de los planos y las maquetas, lo urbano es, sobre todo, la sociedad que los ciudadanos producen y las maneras como la forma urbana es gastada, por así decirlo, por sus usuarios. Son estos quienes, en un determinado momento, pueden desentenderse –y de hecho se desentienden con cierta asiduidad– de las directrices urbanísticas oficiales y constelar sus propias formas de territorialización, modalidades siempre efímeras y transversales de pensar y utilizar los engranajes que hacen posible la ciudad (...) [Lo urbano es] un universo polimórfico e innumerable que desarrolla sus propias teatralidades, su desbarajuste, el escenario irisado en el que una sociedad incalculable despliega su expresividad muchas veces espasmódica. Se proclama

que existe una forma urbana, resultado del planeamiento políticamente determinado, pero en realidad se sospecha que lo urbano, en sí, no tiene forma” (Delgado, 2008, p. 181).

Si los arquitectos somos responsables de dar forma a la ciudad, de diseñar sus espacios, sus volúmenes, sus texturas y sus materiales; deberíamos ser también conscientes de que aquello sobre lo que no podemos decidir es lo urbano. Lo urbano no puede ser diseñado, pues no tiene forma alguna, pero lo urbano es en esencia la materia social y cultural de la que está hecho el espacio público. Lo que define el espacio público, en última instancia, será lo urbano, lo opuesto a la ciudad, es decir, no tanto las formas urbanas, si no “las maneras en que la forma urbana es gastada por sus usuarios”.

HACIA UN DISEÑO INTERDISCIPLINAR DEL ESPACIO URBANO

Como hemos visto mediante una aproximación a la ciudad desde las ciencias sociales, una concepción puramente arquitectónica del espacio público puede convertir al arquitecto en cómplice de la urbanización. A menudo, desde nuestra disciplina y nuestras escuelas, se promueve una aproximación al “diseño del espacio público” desde un punto de vista puramente formal o estilístico del diseño de la forma urbana. Parece que no somos conscientes de cuán limitadas son las derivaciones sociales que este diseño puede desplegar (como por ejemplo el uso que los ciudadanos hagan de ese espacio o el bienestar que puedan tener al habitarlo). Lo que ocurre en el espacio público, espacio de lo social por excelencia, depende casi en exclusiva de fuerzas sociales, culturales, políticas y económicas que escapan forzosamente a las posibilidades que el diseño objetual que la arquitectura pueda ofrecer.

¹¹⁶ Es además, uno de los críticos más feroces del desarrollo urbanístico del modelo Barcelona; al que le dedicó un excepcional ensayo: *LA CIUDAD MENTIROSA: FRAUDE Y MISERIA DEL MODELO BARCELONA* (2007).

Muchos de los déficits del “modelo Barcelona” han tenido que ver con la apuesta por una concepción únicamente formal y arquitectónica de la ciudad. Ha sido una ciudad “de diseño”, puesta al servicio de una idea banal de lo urbano, reducida a una marca y puesta a la venta en el mercado turístico internacional. Esta producción del espacio urbano ha supuesto una seria amenaza a aquello heterogéneo, imprevisible e incontrolable que durante décadas hizo de Barcelona una de las ciudades más fascinantes del Mediterráneo. La materia social enmarañada e indescifrable, que hace de la ciudad el lugar “natural” de la conflictividad, la heterogeneidad y la diversidad, ha sido muy dañada en aquellas zonas de Barcelona en las que el “modelo” ha sido aplicado.

Aquellas políticas urbanas que en un primer momento celebraron arquitectos, urbanistas y diseñadores del todo el globo, han acabado por ser copartícipes (cuando no causantes) de muchas de las problemáticas de la Barcelona actual. Hoy día, la capital catalana es una ciudad con índices cada vez mayores de desigualdad; una ciudad en la que la gentrificación está modificando dramáticamente la estructura social de sus barrios populares; una ciudad cuya actividad turística desbocada está destruyendo el heterogéneo microtejido económico y cultural que la hizo tan característica...

Los arquitectos deberíamos comenzar a asumir que lo que ocurre en las ciudades excede a lo que sus proyectistas puedan prever. Abordar el proyecto urbano de una forma responsable solo es posible desde posiciones interdisciplinares, en donde cada disciplina debiera mostrarse cautelosa ante un fenómeno tan complejo como la ciudad. Quizás la mejor intervención arquitectónica en la ciudad debiera tratar de ser, no tanto un ejercicio de composición de formas, sino de composición de elementos que, en la medida de lo posible, encauzase las dinámicas urbanas que con toda seguridad se desarrollarían al margen de las decisiones del arquitecto.

Barcelona nos debería servir a los arquitectos, efectivamente, como un ejemplo, pero ¿deberíamos asumirlo como modelo a imitar? ¿O sería acaso un modelo a combatir?

REFERENCIAS

- Augé, M. (1993). Los no-lugares: espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad. Barcelona: Gedisa.
- Baudrillard, J. (1978). Cultura y simulacro. Barcelona: Kairós.
- Bohigas, O. (1986). Reconstrucción de Barcelona. Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, Madrid.
- Delgado, M. (2007). La ciudad mentirosa: fraude y miseria del modelo Barcelona. Madrid: Catarata.
- Delgado, M. (2008). El animal público. Hacia una antropología urbana. Barcelona: Anagrama.
- Lamet, J. (2015, Junio, 15). El precio del suelo sube en las grandes ciudades. Diario Expansión. Recuperado de: <http://www.expansion.com/economia/2015/06/15/557e95c922601d2c518b457d.html>
- Muñoz, F. (2008). Urbanización. Paisajes comunes, lugares globales. Barcelona: Gustavo Gili, Barcelona.
- Pardo, J. L. (2004). La banalidad. Barcelona: Anagrama.
- Rossi, A. (1982). La arquitectura de la ciudad. Barcelona: Gustavo Gili.
- Sassen, S. (1999). La ciudad global: Nueva York, Londres, Tokio. Buenos Aires: Eudeba.
- Soja, E. (2000). Postmetrópolis. Critical studies of cities and regions. Oxford: Blackwell.
- Sorkin, M. (ed.). (2004). Variaciones sobre un parque temático. La nueva ciudad americana y el fin del espacio público. Barcelona: Gustavo Gili.
- Suñé, R. (2015, octubre, 11). Ciutat Vella: territorio de paso. La Vanguardia. Recuperado de <http://www.lavanguardia.com/vida/20151011/54438031269/ciutat-vella-territorio-paso.html>